

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.



PRECIOS DE SUSCRICION
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
 Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
 Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:
Fonollar, 24 y 26
 Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.
 En Lérida, Administracion de
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º-
 Madrid: Almagro, 8. entr. derecha
 -Alicante: S. Francisco, 28, dupº

SUMARIO.

El primer paso.—En pos del progreso.—Discursito de Juana de Navajas.—Galeria de mujeres ilustres: Zenobia

EL PRIMER PASO.

Tenemos la costumbre de no cejar en nuestro empeño cuando emprendemos una obra, y como nos hemos propuesto extraer lo mas notable de las memorias del Padre German, seguimos copiando uno de sus mas interesantes capitulos.

«¡Todo llega en tu eterno dia, Señor!

»¡Todo tiene su plazo fijo para cumplirse!

»Todas tus horas traen sus distintos acontecimientos; pero el hombre impaciente no está conforme con la marcha lenta de los sucesos, que para existencias de minutos, nos parece que deben ser los plazos de segundos.

»Me dijo Rodolfo: dentro de quince dias volveré; y los quince dias pasaron, y Rodolfo no venia, y mi corazon apresuraba sus latidos, queriendo con esto, apresurar las horas en el reloj de la eternidad!

»Al fin, una tarde, al salir del cementerio, ví á Rodolfo, sentado junto á la Fuente de la Salud, mirando fijamente á una jóven que llenaba un cántaro de agua. Al verle, sentí frio y calor á la vez, porque con una sola ojeada, me bastó para comprender que una nueva era de dolor empezaba para mí. Me acerqué á Rodolfo y le toqué en el hombro, se volvió y al verme se coloreó su frente y me dijo levantándose: Ya estoy aquí.

»—Ya era tiempo que vinieras, que demasiado has tardado en comenzar el trabajo mas importante de tu vida.

»Seguimos andando y nos sentamos en un lugar mas apartado, y durante el camino observé que Rodolfo miraba de vez en cuando hácia atrás á ver si venia sin duda la niña de la fuente.

»—¿Y qué propósito traes, le pregunté, al instalarte en esta aldea?

»—No lo sé, me contestó, me habeis atemorizado con vuestras profecias, me encuentro mal en todas partes, y á vuestro lado es donde estoy menos mal.

»—Sigues oyendo aquella carcajada?

»—Sí, á intervalos; hace poco, al llegar á la fuente la escuché tan cercana como el dia en que la pobre loca rodó por los abismos huyendo de mí.

»—¿Y no sabes porque en aquel momento la oias mas claramente?

»—No; no lo adivino.

»—Pues resonó el eco en tus oidos porque dabas comienzo á un nuevo desacierto, pensando en añadir al largo catálogo de tus atropellos uno mas.

»—Delirais, Padre; delirais, sin duda, contestó Rodolfo tratando de sonreir, pero su sonrisa era forzada.

»—No deliro Rodolfo, no deliro: hace mas de cuarenta años que no estudio en mas libro que en los ojos de los hombres, y he leído en los tuyos el torpe deseo de la concupiscencia. Eres un espíritu dominado por el vértigo de las pasiones; no has amado, únicamente has deseado; y como el deseo es insaciable, por eso siempre has mirado á la mujer con el sensual apetito de la carne. En tu mente no hay un recuerdo, no hay un sentimiento á que rendir culto; por esto tras de un afán renace un deseo. ¡Ay del hombre que solo quiere á la mujer, á la *Vénus impersonal*; y feliz de aquel que solo con la ternura de una mujer es dichoso!

»El amor á una mujer puede ser nuestra redencion.

»El constante deseo de la posesion de la mujer, confunde al hombre con el bruto.

»Mira, sin hacerme santo, porque santos no hay en este mundo, he conseguido que mi espíritu adquiriera gran fuerza moral que me ha servido para refrenar los vicios de los hombres, comenzando por los míos.

»—Desengañaos, Padre; de vos á mí no existe punto de comparacion. Vos gozais en la abnegacion y en el sacrificio; y yo si he venido aquí no es por virtud ni por arrepentimiento, sino únicamente por egoismo, porque me encuentro mal en todas partes; porque los dias me abruma, y las noches me aterran; porque parece que el infierno se ha desencadenado contra mí; y cuando escucho vuestra voz, mi sér se tranquiliza, mi cuerpo deja de sufrir esa dolorosa sensacion que me hace padecer un dolor desconocido; pero esto es todo, no me pidais mas. Yo no puedo amar el bien como le amais vos, y á vuestro lado, si dejo de pecar será por miedo, pero nunca por virtud.

»—Estoy conforme en lo que dices, y no creas que en esta existencia te pediré mas, convencido que solo esto me puedes conceder. Al que ha vivido como tú, al que no ha respetado ni á Dios ni á los hombres; no le exijas mas que la tortura del remordimiento ¡El miedo!... ¡Ese sentimiento indefinible que no tiene explicacion en el lenguaje humano! ¡Ese terror sin nombre! ¡Ese espanto indescriptible que detiene al culpable en el momento de cometer un nuevo crimen! pero este miedo ya es un adelanto, porque has vivido muchísimos años sin sentirlo. Las sombras de tus víctimas pasaban ante ti, sin causarte la menor impresion; sus gemidos resonaban en el espacio, pero el eco no los repetia en tu corazón; y hoy esas sombras te aterran, hoy escuchas la carcajada de la pobre loca; y en el momento de fijar tus ojos en la jóven que estaba en la fuente, tú mismo confiesas que sentias mas cercana aquella horrible risa del dolor.

»—Es verdad cuanto decís; la sentia, sí. Al llegar á la aldea, lo primero que ví fué á esta mujer. ¿Qué sentí al mirarla? no lo sé, pero plomo derretido circuló por mis venas: le pregunté por vos, y me dijo que estabais en el cementerio, y que luego reposabais en la Fuente de la Salud: le pedi que me sirviera de guia, y durante el camino he admirado su belleza, y me he dicho á mi mismo: Ya tengo en que pasar el tiempo, pero al ir á decirle algo, he pensado en vos, y he visto la montaña con la yerba seca, y subiendo por la senda maldita he visto á Elisea y á su marido, y una voz lejana repetia: ¡Infeliz! una víctima mas! Al llegar vos, una llamarada quemó mi frente: comprendo que hago mal, pero me vence la tentacion, y si vos no me deteneis, habré cambiado de lugar, pero no de costumbres.

»—Tarea penosa me impones, pero confio en el Señor que tendré inspiracion bastante para inclinarte al bien; ya hemos dado *el primer paso*: sientes el remordimiento, te confiesas culpable, y te entregas á mi direccion. Dias de angustia me esperan, pero obtendré la victoria, y tu primera accion buena será proteger á la jóven que te sirvió de guia. Es una humilde violeta de los prados, y un lirio de estos valles le ofreció el perfume de su amor; los dos son pobres, y tú los puedes hacer ricos con el importe de uno de tus menores caprichos; puedes asegurar su felicidad; y cuando mañana la jóven pareja te presente agradecida el fruto de su amor, ama al tierno niño para que tengas al dejar la tierra quién cierre tus ojos. Tú no has amado y de nadie eres querido, tu esposa te odia y te desprecia, tus parciales y tus cortesanos te adulan porque te temen, los pobres te abominan porque nunca te has ocupado en

enjugar sus lágrimas, y el único sér que te ha querido en el mundo he sido yo; pero yo dejaré la tierra antes que tú, y quiero que en tu lecho de muerte no te encuentres solo, quiero que séres amigos te rodeen, y que niños inocentes te bendigan.

»—Gracias Padre, pero creo que pedís un imposible.

»—No, Rodolfo; Dios da ciento por uno; ama y serás amado; espiritualiza tu sentimiento, comienza á sembrar la semilla del bien, y recogerás algun dia las doradas espigas del amor.

.

»¡Mi profecía se ha cumplido! ¡Tres años han pasado! y los hechos han venido á demostrar que nunca marca la última hora el reloj de la eternidad. Hoy Rodolfo es otro hombre, aunque á decir verdad mucho me ha costado, porque los séres brutalmente sensuales no conocen afeccion ninguna, no encuentran goce mas que en la saciedad de su deseo, y Rodolfo es un pobre loco que reconoce su locura, que á veces se avergüenza de su pasado, que le aterra de continuo su porvenir, pero que es impotente por sí solo para su regeneracion, y lo que ha sido peor aun, que para mi tormento, la jóven campesina, la inocente Luisa, le inspiró una ciega pasion, la llegó á amar..... única mujer que él habrá amado en el mundo. ¡Con cuánto placer le hubiera dado su nombre! ¡Con cuánta envidia veia pasar á la jóven con su prometido! y cuantas razones, y cuantas reflexiones he tenido que emplear para convencerle y hacerle desistir de sus funestos planes! y cuantas angustias, y cuántos temores, y cuantas agonías he sufrido, temiendo siempre la realizacion de un nuevo crimen, porque nada mas difícil que dar la luz á los ciegos de entendimiento, es un trabajo superior al hombre; es luchar con todas las contrariedades, el querer espiritualizar un alma hundida en el cáos del mas grosero sensualismo.

»No me cabe duda que Rodolfo habrá sido mi hijo en otras existencias, y no una vez sola, porque el amor que yo siento por él, la energía que despliega mi voluntad, el trabajo titánico que lleva á cabo mi inteligencia, el esfuerzo que hacen todas mis facultades intelectuales haciendo funcionar mi pensamiento sin descansar un segundo ni en el sueño ni en la vigilia; todo esto es el resultado de un amor inmenso, de un amor acumulado en el transcurso de innumerables existencias, porque el espíritu del hombre terrenal ama muy poco, y en una sola vida no siente el alma lo que por Rodolfo siente la mia.

»—¡Le quiero tanto!... .. Reconozco sus innumerables defectos, lamento sus fatales extravíos, pero todo mi afan, todo mi anhelo, toda mi ambicion, es despertar su sentimiento, hacerle amar, porque hasta las fieras son buenas subyugadas por el amor.

»¡Le quiero tanto!..... que tengo la completa seguridad que despues de muerto, seré su sombra, seré su guia, seré el ángel de su guarda; pues yo no concibo mas ángeles que espíritus amorosos velando por los séres amados que dejaron en la tierra y en los otros mundos del espacio; y yo velaré por él, y yo le seguiré siempre, y aunque los mundos de la luz me abran sus puertas, yo no entraré no, yo no entraré en tan hermosos parages si Rodolfo no viene conmigo, aunque me espere en ellos la niña pálida con su corona de jazminez y sus rizos negros!

»¡Ella es mi amor! ¡es mi vida! ¡es mi felicidad! pero él..... es mi deber!

»¡Ella es mi redencion! pero yo tengo que ser el *redemptor* de Rodolfo.

»Y lo seré, sí; tres años hace que estoy cerca de él, y es otro hombre: el casamiento de Luisa es la prueba mas convincente.

»El la deseaba, él llegó á amarla, á creerse feliz solo con verla pasar por delante de su castillo. El ha llegado á tener todas las puerilidades del adolescente. Yo he despertado en él la juventud del alma, porque el amor es la juventud de la Creacion. Todos los séres cuando aman adquieren la candidez de los niños. Nada tan puro, nada tan confiado, nada tan noble y tan sencillo á la vez como las aspiraciones del amor; él, es la igualdad; él, es la fraternidad; él, es el progreso; él, es la union de las ra-

zas enemigas; él, es la ley del universo, porque él es la atracción; y Rodolfo ha sentido el imperio de esa ley; y el galanteador irresistible, el señor acostumbrado á fáciles y vergonzosas victorias, ha temblado ante la sencilla mirada de una mujer del pueblo, y de seductor se ha convertido en protector del débil.

»Aun me parece verle la última tarde que fuimos á visitar la casita de Luisa, casita que al día siguiente debia la jóven habitar con su marido.

»Cuando Rodolfo entró en aquella humilde morada, se sentó y me dijo:

»—¡Cuántos siglos de gloria y honores, daría por vivir un año en este pobre rincón!

»—Ya vivirás, ya te harás digno de gozar en la tierra algunas horas de paz y de amor; ya volverás arrepentido y encontrarás, ¡quién sabe! si á esta misma Luisa y á su lado pasarás los días ganando el pan para ella y para tus hijos.

»Todos los deseos se cumplen, todas las esperanzas se realizan, Dios crea al hombre para que sea dichoso, y tú, hijo suyo, lo serás también.

»—Pero yo quisiera serlo ahora, exclamó Rodolfo con dolorosa impaciencia.

»—¿Has visto alguna vez que el fruto engalane al árbol antes que este se vista de hojas, y se cubra de flores? No pidas nada estemporáneo. Tú serás feliz cuando seas digno de la felicidad; cuando ames mucho, encontrarás un alma en la tierra que todo su amor será para tí. Hoy resignate con la soledad que tu mismo te has impuesto; pero no temas, que hasta en los páramos del dolor encuentra flores el que sabe amar.

»Salimos de la casita, y al día siguiente bendije la union de Luisa con el amado de su corazón; el pueblo en masa acudió á presenciar la ceremonia, y la primera ovación de cariño la recibió Rodolfo en aquel día. Todos sabían que había legado á la jóven pareja una pequeña fortuna que aseguraba su modesto porvenir, que aquella dichosa union era obra suya, y todos le miraban y se decían unos á otros: ¡Es un señor muy bueno!

»Al salir de la Iglesia Rodolfo me apretó la mano diciendome con acento conmovido: Decís bien: el que amor siembra, amor recoge.

»Un año despues Luisa dió á luz una niña que Rodolfo la sostuvo en sus brazos mientras yo derramaba sobre su cabeza el agua del bautismo. Este ángel de inocencia, ha venido á despertar en su alma un nuevo sentimiento. La Providencia sabia en todo, ha negado á Luisa el néctar de la vida, débil y enferma ha tenido que entregar su hija á una nodriza, y de este modo yo he podido realizar mi sueño, que era poner en contacto continuo á la pequeña Delfina con el hijo de mi alma, con Rodolfo, el cual no conocia el sentimiento de la paternidad, puesto que fué infanticida; y hoy se pasa horas y horas con Delfina en los brazos, y se cree dichoso cuando la niña al verle, hace ademán de querer ir con él.

»¡Cuánto gozo mirándole cuando muchas tardes al salir del cementerio le encuentro que me espera y me dice:—¿Vamos á ver á la niña? Nos dirigimos á casa de la nodriza y Delfina al verle, tiende los brazos, y yo digo entre mí al verle á él estasiado contemplando á la niña:—¡Aprende alma rebelde! ¡aprende á querer á los pequeños! ¡ensáyate en el sacerdocio de la familia! ¡qué sienta tu espíritu el suave calor de la ternura, para que mañana al volver á la tierra despues de muchas encarnaciones de sufrimiento, seas feliz en una humilde cabaña, donde te sonria una mujer amante, y te pidan un beso hermosos niños!

»Ya ha dado *el primer paso*. ¡Loado sea Dios!

Sí; loado sea Dios, padre German, porque envia á la tierra almas progresivas como la tuya, que esparcen la semilla del amor universal.

¡Dichosos los seres que pudieron vivir junto á tí! ¡y felices de aquellos que sean los elegidos de tu ternura! Tu cariño les hará progresar, tus consejos serán raudales de luz; y el que pueda ser intérprete de tus inspiraciones, que se crea venturoso, porque difundirá por la tierra la dulcísima doctrina de Jesús.

EN POS DEL PROGRESO.

Avidos de progresos, venimos á la Tierra sedientos del bien, recorremos sus lugares y, ora tropezamos con un escollo, luego caemos en un abismo, salimos de él, erguimos la cabeza, miramos en derredor, pensamos, filosofamos, y una metamórfosis completa se opera en nuestro sér.

De la filosofía provocada por el sentimiento, de esa filosofía que se desprende de nuestra alma envuelta en el dolor, generalmente suele brotar un rayo de luz; y esa luz purísima que aparece á nuestra vista como una mágica vision, que refleja en nuestra mente cual astro dia del mañana, que da vida al espíritu, calor á la inteligencia y fuego á nuestras ideas, es el Progreso, que con su prepotente rayo de verdad, nos engrandece y sublima.

¡Progreso, Progreso indefinido clama el hombre! y tras él, corre veloz sin que nadie le detenga; cada segundo que pasa en la inaccion, le parece un siglo comparativamente, y en esos preciosos instantes en que el espíritu se halla en la efervescencia de su deseo progresivo, es cuando se desprende de todo lo terreno, cuando se eleva por cima de lo imperfecto y cuando realiza los grandes trabajos. Pero para llegar á este estado, es necesario llorar mucho y sufrir más, volverse todo inteligencia y penetracion, para comprender y apurar el dolor hasta las héces; amar al que nos desprecia, querer al que nos calumnia para que aprenda á ser noble, compadecer á nuestros verdugos, consolar á los pobres y enseñar á los ignorantes; es preciso vivir para todos mas que para sí mismo.

La humanidad, puede decirse, es un campo á medio cultivar, y que, con el asiduo trabajo moral de un puñado de espíritus fuertes, podria convertirse en ameno jardin, donde, elevando la virtud su tallo, diera ópimos y sazonados frutos.

Deber del hombre es, ir allá donde se divise un rayo de luz, donde se discuta con razon y donde se demuestre una verdad: hay que prescindir poco á poco de esas miras sociales que, en mas de una ocasion, coartan nuestra voluntad y maniatan la marcha progresiva de nuestra existencia: hay que cortar el hi'o de las preocupaciones que asaltan á la imaginacion, y que solo sirven para pérturbar al espíritu, quizá en los momentos mas propicios de su progreso: hay que ser libre, completamente libre en nuestras ideas, máxime cuando éstas se apoyan en la razon y tienden al mejoramiento social, poniéndolas de manifiesto y estableciendo la discusion, porque de esta nace la luz; y finalmente, debemos acoger con alegría, todo aquello que, ya sea en ciencias, ya en civilizacion ó en moralidad, nos descubra un algo mas de lo que hasta el presente sabemos.

Las humanidades primitivas, vinieron á la Tierra con la infancia de la civilizacion; mas tarde, las sucedieron otras que, cual tiernos adolescentes pronunciaron las primeras frases del progreso; y hoy podemos decir que, habiendo llegado á la edad madura y despojada un tanto de su ignorancia, es mas prudente y reflexiva, porque la experiencia le ha demostrado que, sin trabajo, no hay progreso, y sin progreso, no existe cultura ni perfeccion. Así es, que, si ayer corria en pos de lo desconocido con la curiosidad del niño, hoy vuela tras esto mismo con la reflexion del sábio y con el nobilísimo deseo de hallar algo mas grande que le distinga de las humanidades de ayer; porque ayer, el niño, dormia; el adolescente, jugaba; el hombre, se divertia, y el anciano, solo era un cuerpo enfermo, fiel imágen de una existencia de vicios. Hoy en cambio, el niño, no duerme, sino que con su mirada, parece investigar cuanto le rodea; el adolescente, piensa; el hombre, analiza; y el octogenario, incansable en su deseo progresivo, trabaja hasta los últimos momentos de su existencia, causando la admiracion y el respeto de parientes y amigos, ora difundiendo luz en todos los lugares, ora siendo modelo de honradez.

El progreso marcha, como dice Pelletan, sin que nadie le detenga; y si nos fijamos en la Historia, desde los tiempos mas remotos hasta el presente, en donde quiera que nos detengamos, hallaremos grandes iniciadores del progreso, como, Franklin, inventando el pararrayos; Galileo, proclamando el movimiento de la Tierra; Le Verrier,

demostrando teóricamente la existencia del planeta Neptuno; Harvey, haciendo sus experimentos sobre la circulacion de la sangre, descubierta mucho tiempo antes por el Médico Miguel Servet; Gall, publicando sus investigaciones anatómico-fisiológicas sobre el encéfalo; Andrés Pezzani con su libro la pluralidad de las existencias del alma; Kardec, con la filosofía racional y supervivencia del espíritu; y otros muchos que pudiéramos enumerar, todos han ido en pos del adelanto y han contribuido en gran parte al grado de cultura en que nos hallamos.

Desde los primeros siglos hasta la Edad Media, vemos que, el fanatismo religioso, las preocupaciones y la barbárie, predominaron mas que nada; en el siglo x, denominado el de la ignorancia, esta superó á cuantos defectos existian, ofuscando de tal modo las inteligencias, que, los espíritus de aquella época, vivieron por mucho tiempo envueltos en el absurdo; en el siglo xv, llamado el de las innovaciones, las reformas sociales se sucedieron con frecuencia, porque el rutinarismo, empezaba ya á hastiar á los pueblos; el xvi, fué el de las bellas letras; el xvii, de la marina y del génio; el xviii, se llamó el despertador de los pueblos; y el presente, en un principio, pareció llamarse el siglo de la industria; mas tarde, unos le han llamado siglo de inventos; otros, de progreso ó de luz; Victor Hugo, de profetas, por las muchas verdades descubiertas, y nosotros le llamamos el siglo de la observacion, del análisis y de la razon, porque los sábios de este siglo, no contentos con escudriñar la tierra, han dirigido su vista al espacio y, despues de un trabajo constante, de una observacion prudente, de un minucioso análisis y de una conviccion profunda, han exclamado:

«¡Oh Señor cuán grande eres! ¡Nosotros creíamos habitar lo mejor de la Creacion, y, este pobre planeta, es solo una partícula, comparado con la grandiosidad de tu obra! ¡Ésos puntos luminosos que brillan sobre nuestras cabezas, son el reflejo de multitud de sóles de millones de mundos! ¡El hombre en su pequeñez, no puede ni podrá jamás saciar su sed de investigacion, porque cuanto mas avanza, mas maravillas encuentra ante su paso; cuanto mas mira, mas descubre y, perdiéndose la vista y el pensamiento en ese horizonte sin límites, se retira absorto de ver tanta estension y tanta magnificencia sin fin!»

Esto han dicho algunos pensadores de este siglo, y la humanidad, aunque medio dormida, ha escuchado su eco, ha restregado sus ojos y, la mayoría, se han lanzado en busca de nuevos descubrimientos y grandes verdades; verdades llenas de luz que, han sido son y serán en todas épocas, el lapidario de las inteligencias y el tótum revoltotum de las generaciones futuras.

Hoy vemos la revolucion moral, en todo su apogeo: el fanático con su misteriosa voz, quiere atemorizar al ateo y al materialista; mas estos, con sonrisa irónica, le desprecian y ridiculizan: el libre pensador, se forma una creencia más ó menos racional, y no hace caso de los unos ni de los otros: los mas reflexivos, contemplan á los demás en medio del dualismo y, así sucesivamente, cada uno de por sí cree obrar con justicia, cuando precisamente, todos carecen de ella; y de aquí el indiferentismo de muchos y la atonia de los mas. Pero á pésar de todo, la metamórfosis se opera, los ánimos se exaltan, la muchedumbre se agolpa al peristilo de la sabiduría, se adquieren fuerzas y, cuando el fuego del deseo arde en todos los pechos y brilla en todas las miradas, la tempestad de las ideas estalla con la rapidez del rayo, y cada escuela enarbola su bandera, cada voz proclama su ideal, y, en medio de aquella confusion y de aquel torbellino de frases vertidas con febril exaltacion, se alza una voz purísima que, elevándose por cima de todas las escuelas, les dice:

Yo soy la justicia y la razon; llevo por lema «Caridad y Amor;» la fraternidad, es mi hermana; la ciencia, mi mejor amiga; el progreso indefinido mi guia, y con él marchó hácia Dios.» Esta es la base principal de la Escuela Cristiana Espiritista: Progreso en la Sociedad, Progreso en las familias. Progreso en todos nuestros actos y en todos los lugares, y siempre, por medio del trabajo, en pos del Progreso: él nos conducirá á la felicidad eterna.

CÁNDIDA SANZ.

En Buenos Aires la sociedad «Constancia» tiene su agrupacion de mujeres, que cuenta 32 sócias, y en una de sus sesiones pronunció nuestra querida hermana Juana de Navajas el siguiente discursito, que tenemos un placer en reproducir en las columnas de la Luz.

Queridos hermanos y hermanas:

Nos encontramos reunidos, con el fin de celebrar el Tercer trimestre del presente año, y quiero una vez mas, dirigirme á vosotros como la mas humilde de vuestras hermanas en creencia.

¿Con qué fin puedo hacerlo? Con el único que mi pobre inteligencia me permite: felicitaros, y felicitarme y dar gracias á nuestros guias, por la proteccion y direccion que nos deparan.

La doctrina espírita, débil estrella que ayer hiciera su aparicion en el cielo de nuestras creencias, aumenta dia á dia su esplendor y promete, dentro de poco, convertirse en un sol deslumbrador, cuyos rayos han de ofuscar con su brillo, los falsos soles que enneguecen la razon y nos sumen en el oscurantismo fanático que el explotador egoismo de unos pocos, forcejea aun por mantener en alto cuando su base derruida se niega ya á soportarlos.

Nació pobre entre nosotros, pero aumenta por minutos su caudal; y como la nave que despues de lanzarse en mares desconocidos, guiada por un buen piloto, logra salvar los obstáculos en su marcha, para volver al puerto de su partida con tesoros impagables en su seno; la nave que tripulamos, despues de un viaje penoso, ha de llegar al puerto empavesada y circundada con la brillante aureola del triunfo. No deben arredrarnos los obstáculos; todo lo contrario; deben aumentar nuestros esfuerzos y agigantarnos, para luchar con ellos hasta lograr vencerlos.

Nada nos falta; los sábios consejos de nuestros amados guias, y la fé germinada y alimentada por la razon y la esperiencia, sostienen nuestras fuerzas y nos encaminan con rumbo seguro, por la senda de verdad que proseguimos. Marchemos siempre edelante, con la frente bien alta y atesorando en nuestras almas la esperiencia del pasado, la enseñanza del presente y la fe del porvenir: nos sentiremos tranquilos y fuertes con la conciencia del deber cumplido.

Sigamos como hasta aquí, haciendo cada uno por aumentar y robustecer nuestro caudal de esperiencia é inteligencia, bebiendo la verdad en la fuente del estudio y la observacion, y desarrollando nuestras facultades medianímicas.

Podremos decir dentro de poco: Hermanos en creencia ¡la victoria es nuestra: hé ahí la verdad de las verdades!

Para concluir, dejadme tributar á nombre de todos un voto de gracias con todo mi corazon á nuestros guias y á Aquél que todo lo puede, y que leyendo en la conciencia de cada uno la verdad y la mentira, mañana cuando abandonemos nuestra cárcel transitoria, nos ha de juzgar por lo que somos y no por lo que aparecemos.

Quisiera decir mas, pero la inteligencia se niega á secundar mi voluntad; pero me queda el consuelo que otros os han de decir lo que no puede vuestra humilde hermana:

JUANA M. DE N.

GALERIA DE MUJERES ILUSTRES.

ZENOBIA.

En el fondo del extático Oriente, á la sombra de sus gigantescos templos, al calor de sus divinos dogmas y de entre las tempestades del siglo III del Cristianismo, se destaca brillante y magnífica, rodeada de una aureola de gloria, la noble y esforzada Zenobia, la augusta viuda de Odenat, la heróica reina de Palusira, como si intentara á través de las nubulosidades sin fin de la historia antigua, darnos una ligera idea de la poderosa vida que alcanzaron los pueblos orientales, presentándose á nuestra admiracion como una individualidad no extinguida de sus avasalladoras cas-

tas ó á manera de latente é inexplicable remiscencia de los terribles Nómadas, los belicosos fundadores de sus remotísimas monarquias.

El mundo parecia asfixiarse al soplo abrasador de la conquistadora Roma cuando el gran cuerpo formado por los desconcertados pueblos orientales cobró nuevo é inusitado valor al ver surgir á Zenobia del fondo de sus umbrosos bosques, de entre el laberinto de sus innumerables altares, hermoseaada con los reflejos que le prestaban las riquísimas piedras desprendidas de las diademas de sus moribundos dioses y acompañada del amenazador silbido de la antigua y simbólica serpiente, para marchar valerosamente al encuentro de las legiones romanas.

El emperador Aureliano, libertador de las Galias, y digno continuador de los Scipiones, quiso penetrar los misterios de Oriente, fijó en aquellos pueblos su mirada de águila, la ambicion levantó una resistible oleada en su pecho y apenas se arrancara de sus ensueños de gloria el suelo del Asia retemblaba bajo las pisadas del ejército romano: pero el alma inmortal del Oriente al par que el aliento de sus pasadas generaciones se refugiaba en el pecho de la esforzada descendiente de los Ptolomeos, de la soberbia continuadora de Cleopatra, y Zenobia acaudillando un ejército de 60.000 hombres salió al encuentro de Aureliano en Antioquia dispuesta á pelear como simple soldado para defender palmo á palmo de la invasion extranjera el territorio oriental. La suerte no se mostró propicia á la viuda de Odenat, el Oriente debia desaparecer para abrir paso á otras civilizaciones y la heroína oriental viendo derrotados sus huestes se refugió en Palmira último baluarte con que contaba para hacer frente al invasor de su patria.

Cuando Aureliano puso cerco á Palmira, el filósofo ateniense Longuin, maestro de griego de Zenobia, aconsejó á esta la rendicion creyendo que la defensa de un ejército desconcertado ya y la tenacidad de un pueblo acaudillado por una mujer no ofreceria condiciones para resistir mucho tiempo el empuje de los romanos y se daria fin de esta suerte á una situacion que por momentos se hacia más penosa. Pero contra todas sus esperanzas los sitiados no daban señales de rendirse al paso que los sitiadores empezaban á cansarse de las fatigas del asedio; entónces Aureliano considerando irriamente su situacion, respecto á los palmirianos resolvió enviar un mensaje á Zenobia intimándole la rendicion bajo honrosas bases para ambos.

La valerosa reina asiática ya casi agotados los medios de que disponia para la resistencia, rechazó con enérgica altanería las proposiciones del Emperador quien en vista de tan rotunda negativa resolvió á estrechar más el cerco hasta que la viuda de Odenat juzgando inútiles sus esfuerzos para salvar á su patria y queriendo evitarse la vergüenza de entregarse vencida, abandonó secretamente la plaza. Pero ni este último plan salió á medida de su deseo: en el preciso momento que atravesaba Eufrates fué reducida á prision por las regiones romanas, que ardiendo en ira pidieron á Aureliano la muerte de aquella mujer heroica y altanera que tuvo fuerzas suficientes para poner á prueba la constancia de los hombres.

El emperador dictó órdenes severas para que fuese respetada la vida de su prisionera y estimó en tanto su victoria sobre aquella reina intrépida, que luego de haber entrado en Palmira y dado muerte con excesiva crueldad al filósofo Languin, consignó á Zenobia magníficas posesiones cerca de Roma, donde virtuosa y respetada acabó sus dias apartada por completo del tumulto guerrero que caracterizaba á su época.

Con la derrota de Zenobia los pueblos orientales perdieron una gran reina y con su muerte la humanidad una mujer enérgica que haciéndose superior al temor que infundia el solo nombre de Roma, tuvo talento suficiente para sobreponerse á las preocupaciones de su tiempo hasta el punto de defender palmo á palmo contra la dominacion romana, el territorio oriental.

(Del Eco del Centro de Lectura.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.